NUESTRO SECRETO.

Mi nombre es María Casillas, tengo veintiséis años y llegué a Madrid hace poco más de diez meses al terminar mis estudios. La tradición familiar (tres generaciones de abogados) hizo que estudiara la carrera de derecho; fui la primera sorprendida al terminarla brillantemente pese a mi escaso entusiasmo, ya que ni los asuntos legales me habían interesado nunca, ni aquella fue una libre elección, pero con constancia y esfuerzo siempre he logrado alcanzar mis objetivos.

Me negué en rotundo a integrarme en el bufete familiar y les exigí que me dieran la oportunidad de intentar abrirme camino sola, lejos y sin que el influyente brazo de la familia me abriese ninguna puerta.

Fui y aún sigo siendo, demasiado introvertida, bastante ingenua y más confiada de lo recomendable, y eso les preocupaba, en especial a mi madre.

Nunca creyeron que me marcharía, así que cuando decidí irme a Madrid, mi padre me forzó a establecer un compromiso: si en un año no lograba sobrevivir por mis propios medios, debería integrarme en la empresa de la familia.

Durante diez interminables meses fui dando tumbos por los más variados empleos: vendedora en tiendas de moda, cajera de supermercado, teleoperadora, administrativa en una notaría, camarera en un pub y cuidadora de niños; hice encuestas de hábitos de consumo, participé como figurante en rodajes de películas e incluso, en el momento de máxima desesperación, tomé parte en un multitudinario casting que seleccionaba gente joven para un nuevo concurso de televisión que acabó teniendo, aún sin mi participación, un éxito extraordinario.

Fue muy duro, nunca me había privado de nada y sólo entonces comprendí lo difícil que resultaba y sigue resultando a la gente de mi edad, abrirse camino; en el alquiler de un liliputiense apartamento de 30 metros se esfumaban la mayor parte de mis ingresos y apenas me quedaba para comer, renovar mi vestuario y desplazarme; con tan limitados recursos no podía permitirme caprichos, fueron tantas las privaciones que muchas veces estuve a punto de arrojar la toalla.

Fue así como yo, que había vivido al amparo del servicio doméstico de mi familia como una princesa, aprendí las tareas domésticas, hice mis pinitos en el campo culinario y hasta llegué a manejar la plancha con cierta soltura.

La precariedad laboral me conducía irremisiblemente hacía la fecha del compromiso y yo movía mis hilos para evitarlo; la posibilidad de que me empujase un soplo de suerte parecía cada vez más remota; cada día el índice de mi pesimismo subía más y más como un termómetro desbocado.

Fue entonces cuando me llamaron para una entrevista de trabajo; diez días después, el 14 de abril, cincuenta días antes de la fecha de mi rendición, me ofreció trabajo administrativo uno de los bancos más importantes del país en una de sus oficinas situada a unos veinte kilómetros de la capital.

Aquello, como pronto comprobaría, no era la panacea, pero comprendí que al menos me proporcionaría ingresos regulares y la estabilidad suficiente como para liberarme de mi compromiso y en un plazo razonable, encontrar al príncipe de mis sueños, formar una familia y tener dos o tres hijos.

El primer día llegué a las siete y media a la oficina; era una fría mañana de primavera; durante veinte minutos anduve recorriendo la calle, observando el entorno; un intenso olor a pan recién hecho me recordó que ni siquiera había desayunado y me disponía a entrar en el primer bar cuando apareció ella.

No olvidaré la primera impresión; su pelo negro y brillante, cortado a lo "garçon", su piel morena, tostada por el sol, sus ojos grandes, marrones, preciosos, su figura envidiable, sus pechos, que al lado de los míos, adolescentes, me parecieron; su impecable traje blanco y negro de rayas y unos tacones que la elevaban por encima de mi cabeza. Era una mujer impresionante, pero tuve la sensación de que había algo, en sus ademanes, en la forma de desenvolverse, en su voz, en el descaro con el que me observaba, que le restaban un poco de feminidad.

Sonriente se aproximó a mí y me dijo que se llamaba Prado; era una de mis compañeras; mientras nos saludábamos vi cómo me examinaba de arriba abajo y

víctima de mi natural timidez sentí que se me encendían las mejillas; cuando la tuve cerca me envolvió el intenso olor de su perfume y experimenté una extraña sensación que se repetiría después, cada vez que la sentía cerca.

Me invitó a aquel primer café y allí mismo inició un interrogatorio, amable, breve pero intenso, que le proporcionó información suficiente como para poner al descubierto casi todas mis cartas; apenas hablamos de ella, yo tampoco tenía especial interés en conocer su vida y milagros; pensé que dada su locuacidad era cuestión de tiempo que ella solita acabara por contármelo todo.

Éramos ocho y cada cual tenía asignadas tareas específicas; la mía consistía en atender a los clientes en primera línea de fuego; después de que me presentaran al resto de mis compañeros y de que Alfredo, el orondo director, me hablase de lo divino, de lo humano y de la suerte que supondría para mi futuro comenzar mi "carrera" bajo su tutela, comencé mi primera jornada como bancaria.

Alfredo, que se acercaba a los cuarenta, era un gran trabajador, pero al tiempo un tipo peculiar que lo mismo reconducía situaciones difíciles con mucha mano izquierda, que se rascaba con la derecha y sin ningún recato sus partes nobles, sin que le importasen las miradas de los clientes o de los compañeros.

Lola, la veterana cajera, vivía encerrada en su recinto blindado; los años habían marchitado la belleza de su juventud y su mal carácter había acabado por convertirla en una auténtica bruja con la que era conveniente mantener las distancias; hablaba poco y cuando lo hacía era para repartir todo el resentimiento acumulado entre la empresa, el gobierno y el mundo entero; quería jubilarse ya.

Tomás, el subdirector, tenía la edad de mi padre, era un hombre campechano, bonachón, abierto, sonreía siempre y gozaba de las simpatías de todos por su amabilidad; siempre dispuesto a ayudar, contagiaba su serenidad.

Antonio, un tipo extraño, delgado y elegante, un auténtico figurín que ocultaba su calvicie con un peluquín, pertenecía al sindicato y desaparecía con

frecuencia, no sin antes repartir sus tareas más urgentes entre los compañeros, que por esto y por algún otro motivo que nunca supe, le odiaban profundamente.

Luisa, una mujer extraordinaria, trabajadora, viuda y madre de familia, se encargaba del área de créditos y préstamos; era amable y comprensiva con los problemas de la gente, no tardé en darme cuenta de que tenía un gran corazón, algo incompatible con la rigurosidad exigible en las decisiones de su negociado.

Mariano, que en su juventud había trabajado en Francia, dedicaba su madurez a los asuntos de extranjero, importaciones y exportaciones, todo un mundo que entonces me desbordaba por su aparente complejidad.

Prado, por razones de su puesto, entraba y salía durante toda la jornada; según me dijeron era una de las mejores comerciales de la zona, muy apreciada por la dirección y con grandes perspectivas de lograr mayores responsabilidades a corto plazo; su relación con los compañeros se limitaba a lo estrictamente laboral.

Al cabo de unas semanas comprendí que aquel trabajo era completamente repetitivo, rutinario, sin grandes sobresaltos, excepción hecha de los momentos de tensión en que me tocaba en suerte algún cliente furioso, herido como un miura con las banderillas clavadas en forma de comisiones e intereses sangrantes.

Nunca había imaginado que llegaría un momento en mi vida en el que me vería forzada a defender algo que realmente me parecía desproporcionado e injusto, por más que fuera mi fuente de subsistencia; me tranquilicé pensando que también los abogados, mis "colegas", se ven forzados a defender situaciones indefendibles; justificarlo así me permitió conciliar el sueño las noches siguientes.

Debido a mi carácter, en las primeras semanas apenas intimé con el resto de mis compañeros; conecté bien con Prado, quizá por tener treinta años y ser soltera como yo; enseguida logró que me fuera abriendo más y más, hasta el punto de dar paso a una relación de amistad al margen de aquella jornada laboral que nos unía oficialmente de ocho a tres pero que casi siempre se prolongaba indefinidamente y lo que es peor sin compensaciones económicas.

Mantuve mi pequeño apartamento, malgastando tiempo y dinero en desplazamientos y perdiendo horas de sueño y de descanso, que me dejaban sin fuerzas y sin ganas de hacer otra cosa que tumbarme en el sofá, viendo cualquier cosa que escupiera la televisión hasta quedarme dormida, un día si y otro también; los fines de semana que no visitaba a mi familia los pasaba con Prado; nunca antes había congeniado con nadie con tanta facilidad, pronto nos hicimos inseparables.

Una mañana, mientras desayunábamos, le comenté a Prado que pensaba trasladarme a un apartamento cerca de la oficina y cuál no sería mi sorpresa cuando me invitó a ocupar una de las habitaciones del suyo con dos condiciones: abonarle trescientos euros y compartir el coste de la cesta de la compra.

La suya no era una oferta de compromiso, realmente quería una compañera de piso, necesitaba a alguien a su lado, alguien con quien compartir las largas horas de soledad, poder charlar, divertirse, hacer deporte, escuchar música o ver una película y de paso compartir los gastos.

Me sorprendía que a una mujer como ella, tan decidida, abierta y atractiva no se la disputasen los hombres y me confesó que lo había intentado varias veces, con resultados de todos los colores, pero que su fuerte carácter hacía que todos sus pretendientes salieran huyendo de su vida como alma que lleva el diablo.

Para que no pensara que lo estaba deseando, me hice de rogar durante los días siguientes y finalmente en la tercera semana de mayo me instalé en su apartamento con todas mis cosas.

Tenía un piso amplio, acogedor, decorado con gusto; estaba situado en la tercera planta de un moderno edificio rodeado de pinos; se respiraba aire limpio y el silencio era tal que podía oírse el canto de los pájaros o el fluir de una fuente cercana; mi habitación espaciosa y confortable tenía cama de matrimonio.

Pronto nos hicimos grandes amigas; nunca antes me había confiado a nadie con tanta naturalidad, le abrí puertas y ventanas; me inspiraba tanta confianza que la fui haciendo partícipe de mis secretos mejor guardados.

Entre sus manías estaba la de moverse por la casa muy ligera de ropa; me resultaba muy violento pero acabé por acostumbrarme a verla incluso desnuda cada vez que salía de la ducha; llegué a pensar que trataba de provocarme.

Una noche, veíamos una película de televisión y yo, que habitualmente no tomaba alcohol, apuraba una copa de vino blanco, frío y ligeramente dulce, que me envolvía poco a poco en una extraña euforia y me hacía reír descontroladamente; ella, que seguía sin creerse mi virginidad, volvió a insistir en el asunto hasta acabar preguntándome, a bocajarro, si había "mojado" en alguna ocasión.

Le repetí que me habría gustado tener un amigo íntimo, un novio, como la mayoría de mis amigas, pero que nunca lo había tenido; pero si, recordaba ocasiones en las que bailando canciones lentas, los chicos más descarados, habían deslizado sus manos bajo mi blusa o mi pantalón, me habían besado en los labios o me habían mordisqueado las orejas, mientras se apretaban contra mi pecho y me hacían sentir la furia de su miembro, y entonces sí, había mojado las bragas.

Ella no se refería a esa forma de "mojar"; bastó un gesto para hacérmelo entender; no creía que a mis veintiséis años aún fuera virgen, que no hubiera "inaugurado" mi jardín, que ni siquiera me hubiera besado en serio con hombres que no fueran de mi familia; creí morir de vergüenza y le supliqué que me guardara el secreto; mientras reía, me prometió librarme de aquella maldición.

La verdad: arrastraba un trauma desde la adolescencia, un exceso de vello en piernas y brazos, me acomplejaba y me impedía no ya relacionarme íntimamente con chicos sino incluso vestir prendas de manga corta, ponerme faldas o lucir un bikini; se ofreció a acompañarme a un centro de belleza cercano.

Luego se pasó un buen rato bromeando con mi apellido, "Casillas" y con mi "imbatibilidad", hasta rematar sentenciando que de seguir manteniendo mi "portería" a cero mucho más tiempo, me darían el trofeo Zamora en propiedad.

Traté de hacerle entender que no tenía ningún interés en mantenerme "entera", que deseaba ardientemente dejar de ser virgen..., y le conté un extraño

sueño que se había repetido varias veces en los últimos tiempos: en plena madrugada un misterioso personaje se metía en mi cama, me quitaba la ropa, me acariciaba y después me introducía un miembro descomunal, mientras yo gritaba presa de una gran excitación y trataba de descubrir su identidad; cuando despertaba sudorosa y jadeante estaba sola y apenas recordaba algunos detalles, de ellos uno sorprendente, fuese quien fuese, tenía pechos, como una mujer...

Sorprendida por mi relato, me abrazó, me besó en la frente y musitó "mi niña, pronto haremos realidad tu sueño"; luego nos fuimos cada una a su cama.

Me había comprometido a compartir las tareas de la casa, pero era Prado quien se encargaba de casi todo lo relacionado con la cocina, tenía unas manos increíbles y me sorprendía con frecuencia con platos exquisitos; vegetariana convencida, no probaba la carne; se había especializado en los más variados platos a base de pescados, mariscos y verduras; podíamos pasar horas en la cocina, ella controlaba todo y yo me limitaba a seguir sus indicaciones y casi siempre a observarla, tratando de asimilar sus conocimientos para el futuro.

El resultado siempre resultaba apetitoso, dorada al oporto, emperador a la parrilla, merluza a la vasca, lenguado con champiñones, salmonetes al horno, sepias rellenas, bacalao con pimientos, truchas con jamón, palometas en tortilla, croquetas de pescado, atún a la portuguesa, lubina al horno, mero con salsa de vieiras, calamares rellenos... ; pero su auténtico plato estrella, el que la llenaba de orgullo era "su" pescadora al vino blanco.

Me dio una lección de naturaleza: la rana pescadora es un pez muy abundante en el Mediterráneo; vive sobre la arena del fondo, allí se esconde para protegerse de sus enemigos; se desplaza de una manera tan peculiar que parece que estuviera caminando; los ejemplares pequeños miden unos ochenta centímetros, pero los hay de hasta dos metros; su cabeza abultada y sus dientes le dan un aspecto monstruoso, pero su carne es blanca, suave y sabrosa, un manjar.

La preparaba con frecuencia, siempre en domingo; no solíamos madrugar demasiado ese día y cuando yo acudía a la cocina para desayunar, ella ya estaba

allí; al verme se acercaba a saludarme con un beso en la mejilla, como hacía siempre y luego continuaba junto a los fogones.

Aquel día volví a recriminarle su costumbre de pasearse casi desnuda por la casa -sólo llevaba un tanga negro y un delantal- y respondió que si me molestaba podía mirar hacia otro lado; mientras diluía el cacao en un vaso de leche la estuve observando, tenía una figura armoniosa, proporcionada, casi atlética.

Estaba de espaldas y por un momento me asaltó la tentación de acercarme a ella con sigilo y acariciarla por sorpresa; palpar aquellos pechos grandes y firmes que tanto envidiaba, su vientre plano, sus muslos de pura fibra, su sexo... ¿Fue una locura momentánea?, ¿estaba despertando mi lado homosexual?, ¿mostrarse así era parte de una estrategia para provocar mi reacción?, ¿era Prado realmente lesbiana tal y como insinuaban algunos compañeros de la oficina?, ¿el hecho de invitarme a compartir su casa formaba parte de un plan preconcebido?, ¿se sentía atraída por mí?, demasiadas preguntas... Apuré el vaso y me dirigí al fregadero, el agua fría aplacó mis tentaciones pero las dudas siguieron revoloteando en mi cabeza durante el resto del día.

Había puesto un kilo de filetes de pescadora en la fuente, colocado en todo el contorno finas rodajas de limón alternándolos con bolitas de patata y sobre el pescado media docena de anillas de cebolla, cinco hojas de laurel, varias ramitas de perejil, granos de pimienta a discreción y sobre todo ello abundante aceite de oliva.

Para saciar mi curiosidad me explicó todo el proceso; dejaría transcurrir una hora antes de escurrir el pescado, lo envolvería en harina, le añadiría un poco de sal y pimienta, lo doraría en abundante aceite hirviendo y luego lo pondría en el horno, después de bañar el pescado con un vaso de vino blanco, seco en este caso; veinte minutos en el horno lo dejarían listo para comer, preferentemente caliente, sin olvidar, al ponerlo en la mesa, añadirle unas gotas de limón en la salsa, servirlo con dados de pan frito y acompañarlo con un buen vino blanco afrutado.

El tiempo que ella permanecía en la cocina, yo lo empleaba en algunas de las faenas de la casa, hacer las camas, limpiar el cuarto de baño, preparar la ropa

de la semana siguiente y poner la mesa para comprobar si su pescadora al vino resultaba verdaderamente tan sabrosa como siempre prometía.

Eran las dos cuando, convenientemente vestidas, nos sentamos a la mesa; resultó realmente exquisita hasta el punto de acabar prácticamente con toda, pese a haber tomado antes una saludable menestra de verduras y haber mojado con pan tierno hasta la última gota de la salsa; tal vez bebimos demasiado, o nos derrotó su graduación, lo cierto es que después de comer, permanecimos varias horas tendidas en el sofá mientras el equipo de sonido desgranaba lo más escogido de su amplísimo repertorio musical.

Al atardecer decidimos pasear por la avenida; la temperatura era muy agradable y la gente apuraba su tiempo en las terrazas de los bares o en los bancos de madera repartidos a lo largo de todo el recorrido; habíamos descartado ver una película de terror e inesperadamente nos vimos forzadas a regresar a casa bajo una auténtica tromba de agua.

Llegamos empapadas hasta los huesos, pero mucho más despejadas; envueltas en nuestros respectivos albornoces pasamos varias horas charlando antes de tomar una ligerísima cena a base de fiambres y fruta.

Eran poco más de las once cuando decidimos acostarnos con la sana intención de iniciar una nueva semana de trabajo con los ánimos renovados.

Me desperté de madrugada sudorosa y jadeante; mi corazón latía con fuerza; estaba completamente desnuda y sentía una agradable sensación de humedad entre mis piernas; no era un sueño como otras veces, sucedía realmente; alguien me había acariciado, besado repetidamente mi sexo, deslizado sus dedos entre el pelo ensortijado de mi pubis, antes de tenderse sobre mí y penetrarme; sentí como si me desgarrara por dentro en una mezcla de placer y dolor.

La absoluta oscuridad me impedía distinguir a mi agresor, pero aquel olor, aquel perfume me resultaba inconfundible; traté de gritar, pero me acarició los labios con sus dedos y apenas pude emitir un gemido; ni siquiera me moví, le dejé

hacer, le permití que siguiera sacudiendo su vientre contra el mío, una y otra vez, introduciendo su ¿miembro? en el orificio más preciado de mi anatomía.

Con su mano izquierda me acariciaba el pecho y de cuando en cuando me besaba los labios, introduciendo su lengua en mi boca y provocando una sensación que me resultaba desconocida pero agradable, mientras yo permanecía en actitud pasiva, dejándole hacer; ella se movía y me susurraba al oído "estoy haciendo realidad tu sueño mi niña".

Desde el momento en que percibí su perfume sabía que era ella y no hice nada por apartarla de mí, empujarla al otro lado de la cama y levantarme indignada, furiosa, jurando que no deseaba verla nunca más...

Pero lo que hice fue todo lo contrario, pasé al contraataque, tomé la iniciativa, busqué sus labios, acaricié sus pechos, busqué afanosamente su sexo y descubrí un arnés atado a su cintura del que nacía aquella maravilla de gelatina que se abría camino en mi territorio inexplorado, bajo mi frondoso monte de venus; acaricié su espalda, sus caderas, descendí hasta sus glúteos y acompañé sus movimientos con toda la fuerza de mis manos, como si pretendiera evitar que de repente se apartara de mí e interrumpiera tan agradables sensaciones.

Permanecimos largo rato así; envueltas en un derroche de suspiros y jadeos, de besos y caricias; de pronto sentí en mi interior un prolongado escalofrío y luego como una explosión de fuegos de artificio que me quemaba por dentro; clavé mis uñas en sus glúteos para evitar que siguiera moviéndose y sentí que ella también se derrumbaba sobre mí víctima de similares sensaciones; así, agotadas pero felices, estuvimos abrazadas hasta el amanecer.

Desde esa madrugada compartimos su cama de dos por dos; no sé si es amor lo que sentimos; sólo sé que Prado ha llenado el espacio que yo imaginaba reservado para un hombre; ella sigue cocinando, pero en ocasiones cambiamos los papeles y soy yo la que utiliza el arnés; me siento feliz y creo que Prado también lo es; de común acuerdo hemos decidido, por ahora, guardar nuestro secreto.